

Francisco
García Martínez

La Palabra y el silencio

Reflexiones creyentes

Prólogo

Hoy en día una reflexión sobre las palabras parecería apuntar simplemente a subrayar su exceso, su decadencia, su degradación, su ambigüedad. ¡Estamos tan hartos de palabras! Y, sin embargo, es en ellas donde la vida se recibe y se expresa, en ellas donde los acontecimientos cobran densidad, en ellas donde la memoria se guarda y se recrea creativamente, en ellas donde el futuro se apunta y se espera, en ellas donde habita el misterio del silencio fecundo.

Las palabras son la piel de nuestra vida, son (con permiso de la cara) el espejo del alma de la humanidad. Ellas muestran el dolor y la alegría de nuestra existencia, las ilusiones y la impotencia de nuestra esperanza, la efervescencia y la penuria de nuestro amor, las búsquedas y los vacíos de nuestra fe. Sin ellas, una niebla oscura y sin horizontes se abate sobre el corazón del hombre.

Y, por esto mismo, las palabras necesitan naturalidad y cuidado, amplitud y precisión, osadía y pudor, respeto y libertad y, sobre todo, si no verdad, al menos honestidad. Y también escucha honda de la realidad que las llama a pronunciarse y respeto por el mundo que espera encontrarse a gusto en ellas cuando lo llamen, porque hay un mundo que está esperando ser un paraíso cuando lo pronunciamos (aunque con algo más que palabras, pero no sin ellas) y dejemos que su ser más profundo se manifieste.

Y es que las palabras no solo expresan el interior de lo que somos, sino que lo constituyen, aunque todavía no esté. Somos las palabras recibidas con sus armonías y tensiones, con las distancias y los golpes que las han infectado y las cercanías y

cuidados que las han alimentado. Nuestra mirada ve bajo la guía de las palabras que han iluminado u oscurecido nuestro corazón y nuestra mente. Y lo mismo hace el tacto con el que nos acercamos y tocamos las cosas y a las personas, siempre dirigido por palabras que definen lo valioso y lo despreciable, lo atrayente y lo repugnante (aunque no siempre lo haga con buen tino).

Por eso es tan importante mirarlas mientras llegan a nuestros oídos y a nuestra lengua, mientras se forman y asocian en ideas y sentimientos, pasiones e impulsos de vida. Y quizá esto solo puede hacerse separándose y viéndolas vivir en palabras de otros para diseccionarnos a nosotros mismos, para reconocernos y poder actuar sobre nuestra vida con verdad.

Porque estamos hechos de palabras, de palabras vivas, de palabras espirituales, es decir, con palabras que buscan o expresan sentido y dirección, cumbres y abismos que nos habitan y que no son siempre claros.

Pero quizá haya que afirmar, al menos así lo hacemos los cristianos, que en esto consisten las palabras: no simplemente en que nosotros podamos pronunciar nuestra vida con ellas, sino también en que, cuando vivíamos en la nada, donde las palabras no saben qué decir, y en el caos, donde las palabras se pierden confundándose en luchas sin sentido, alguien pronunció una Palabra ofreciéndonos su vida en ella, marcando nuestra misma carne con el sello de esta palabra abismal, abriendo un diálogo de salvación que solo se realiza en el marco de un silencio gestante y en la pasión por dejar que esa palabra pronuncie todas las cosas con su afecto infinito. Una Palabra que nos llama en Jesús y que en él se ha hecho mesiánica, fuente de vida en los dominios de la muerte y luz indeficiente en los dominios de las tinieblas.

Esta es la lógica última que habita estas páginas, que reúnen textos nacidos en muy distintos contextos y revisados para esta publicación y que tienen en común este interés por las palabras y el espíritu que las habita. Los dos primeros están escritos para actos académicos de la Universidad Pontificia de Salamanca, donde trabajo, y reflexionan sobre la interioridad de las palabras

y sobre la lectura como práctica espiritual. El tercero reflexiona sobre la escucha de la Palabra de Dios como práctica cristiana. El cuarto habla del silencio como espacio último donde el ser humano adquiere la capacidad de conocerse y decirse con honra y verdad. Por último, incluyo un texto que reflexiona sobre la necesidad del trabajo intelectual en la vida del presbítero (o de todo agente de pastoral), un trabajo escondido y silencioso sin el cual (y sin la compañía de la oración) no es posible una palabra de vida a la altura de los tiempos y de la vida misma.

En todas las reflexiones, es transversal la presencia de la Palabra divina que nos crea y busca guiarnos hasta nuestra identidad última, y del silencio de Dios o su presencia inefable en la vida del mundo como seno fecundo donde esta Palabra sostiene la vida.

Espero que la lectura de estas páginas sea tan fecunda para quien se aventure a recorrerlas como lo fue para mí pensar y componer estas reflexiones que ofrezco.